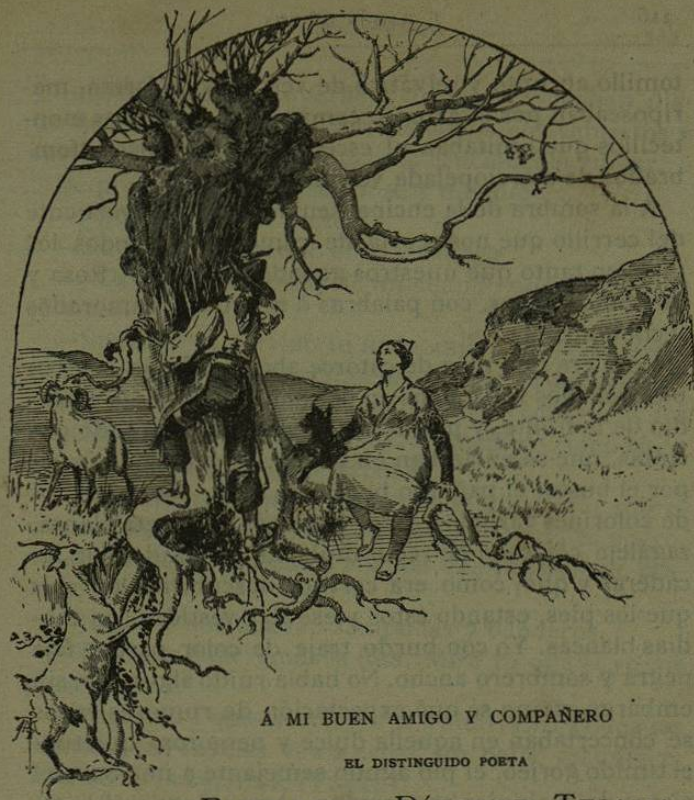


IDILIOS SOÑADOS



Á MI BUEN AMIGO Y COMPAÑERO

EL DISTINGUIDO POETA

FERNANDO DíEZ DE TEJADA

I

SOBRE el diáfano y azul firmamento, limpio de nubes, sosegado como el alma del justo, el ardiente sol, á poco de haberse remontado á su triunfo diurno, derramaba pródigo luz, poesía, calor y pasión. De oro parecían las gallardas espigas, y las bermejas amapolas lujosas de color y de rústico alborozo, y las candidas margaritas con su albo atavío nupcial, y el pobre

tomillo abrupto y selvático de vestido y de forma, mariposeaban por el extenso campo de la mies. Los montecillos que limitaban el escenario, ofrecíanse alfombrados de aterciopelada verdura.

Á la sombra de la encina, sentados sobre la vertiente del cerrillo que nos servía de cómodo sofá todos los días, en tanto que nuestros ganados pastaban, Rosa y yo platicábamos, con palabras ó miradas, enamorados y contentos.

Rosa era una niña de catorce abriles. Traía sus rubios cabellos repartidos en dos pabellones desde el medio de la frente, y por detrás trenzados figurando dos cintas, que se enlazaban en forma de cerrojo. Luego, por el busto, el pañolito blanco de talle, con bordados de colorines variados, y por lo demás, camiseta blanca, zagalejo colorado de recio muletón, abultado por las caderas y que, como era cortito, descubría algo más que los pies, estando éstos y ese algo vestidos con medias blancas. Yo con burdo traje de color pardo, faja negra y sombrero ancho. No había ruido alguno, y, sin embargo, yo no sé qué expectación de rumores vagos se concertaban en aquella dulce y nemorosa quietud: el tímido gorjeo, el pío agudo semejante á una voz, el aleteo de cualquier ave cercana, el monólogo chillón de las cigarras, las monótonas salmodias canturriadas por los voladores insectos, los quedos y tardíos pasos del ganado y los blandos repiques de sus esquilas, las caricias delicadas y silenciosas de las hojas de la encina, y en fin... un susurro continuo, pero callado, que se sentía más que se escuchaba, cual si en el aire y la luz danzasen átomos de sonidos, partículas desprendidas de los ecos repetidos por las montañas del valle...

Dije mal antes: Rosa estaba sentada, mas yo estaba tendido de bruces, con los codos hincados en la tierra y con ambas manos sosteniendo mi rostro; los ojos puestos en la cara de Rosa. Las pupilas de ésta, azules

y límpidas como la superficie del cielo, vagaban distraídas por el paisaje; y con los labios entreabiertos y casi inmóviles, murmuraba una cancioncilla vulgar.

De pronto me miró, sonrióse y me dijo:

—¿Qué me miras, tonto?

—Te estoy retratando en la memoria.

—¿Es que te acuerdas de mí cuando no nos vemos? ¡Picaro!

—Si me sé de corrido tu fisonomía y tu figura entera, como el *Cristus* los muchachos de la escuela. ¿Y sabes tú lo que he pensado muchas veces? Que los ángeles del cielo deben ser así, trigueños como tú.

—Ó morenos. ¿Tú que sabes?

—La gente morena no entra en el cielo, que morenos son los moros y moreno es el diablo, que es negro.

—Entonces entraremos allá los dos junticos de bracerero:

—Justo. Y nos tocarán zampoñas y panderos.

—Toma, y bailaremos la jota. Mira tú que si yo me pongo...

—Pues mira que si cojo yo la guitarra.... Todos los Santos y los ángeles van á echar un baile magnífico. Y tú echarás coplicas. ¡Vaya!...

Rosa celebró aquellos desatinos con risotadas y palmoteos.

Permanecimos silenciosos por algunos momentos. Al cabo Rosa murmuró:

—Según eso que dices, me vas á querer toda la vida.

—Sí, Rosa. ¿Lo habías dudado?

—No—repuso Rosa exhalando un suspiro y quedándose pensativa con los ojos bajos.

Y tornó á cantar en voz queda.

Yo me acerqué al tronco de la encina, saqué mi navaja, é hiriendo con la punta de ésta la superficie del tronco, tracé allí la siguiente inscripción:

«Te juro, Rosa, que aunque tú me aborrezcas, si esto es posible, con el cariño que te tengo me han de enterrar, y en tu compañía me he de ir al cielo.»

Rosa y yo nos gozamos contemplándolo y lo comentamos bastante.

—Mira, Rosa—le dije—si alguna vez dudas de mi amor, ven á ver si existe todavía esta encina. Porque suponiendo que yo pueda olvidarte, el día que tal suceda pegaré fuego á la encina para que desaparezca este testimonio de mi perjurio.

No había concluido de decirlo, cuando una ráfaga de impetuoso viento nos azotó los rostros y me quitó el sombrero, llevándose el cerro arriba.

Miramos al cielo: espesos y lúgubres nubarrones acababan de encarcelar al sol, ocultándole de nuestros ojos y asombrando y entristeciendo las doradas mieses. Huyéronse los pájaros lanzando lastimeros gritos; acallaron su salmodia los insectos.

Al susurro de paz que había en el aire sustituyeron los mugidos sordos y pavorosos del viento; las hojas de la encina trocaron sus blandas caricias en violentas sacudidas, como un sér que retuerce sus miembros en las convulsiones de la desesperación.

—Tenemos encima la tempestad. Vámonos—dijo Rosa con pavor.

En esto se sintió como si allá en el firmamento, pero muy lejos, hubiesen descargado de golpe un carro de piedras.

Rosa y yo comprendimos que la tempestad no nos iba á dar tiempo de refugiarnos en el lugar. Entonces caminamos hacia la cabaña, no lejana, que yo había construido para guarecernos de las inclemencias del cielo: saqué mi silbato, y comencé á sonarle para atraer el ganado. Las ovejas y cabras, fieles á mi llamamiento, acudieron todas.

Rosa y yo nos metimos en la cabaña.

De pronto, una serpiente de fuego se mostró rápida sobre la nube, ya compacta y de color rojizo amoratado. Seguidamente estalló un trueno horrendo y ensordecedor como una descarga de cien baterías.

Rosa se estremeció y buscó refugio sobre mi pecho, me asió del chaquetón con ambas manos, apoyó la mejilla izquierda sobre mi hombro derecho, y comenzó á rezar Credos y Avemarias.

Algunos de los asustados animalitos se refugiaron dentro de la cabaña y nos rodearon. Una cabrilla, entornando los ojos, acarició con su hocico el brazo derecho de Rosa. Rosa la atrajo hacia sí con cariño.

De pronto, otra centella hendió la nube, tajando furibunda y briosa el tronco corpulento de la encina. Y mientras el trueno pavoroso se desplomaba sobre la tierra como una maldición, entre la hojarasca de la encina tomaba cuerpo, bullía y brillaba con fulgor fatídico el incendio devastador.

Rosa y yo tuvimos el mismo fatal presentimiento. Ni aun casi á lanzar una exclamación nos atrevimos, y llenos de terror, yo la estreché por la cintura y oprimí con mi mano izquierda su diestra, cuyos dedos seguían aferrados en el borde de mi chaquetón.—¡Y así vimos cómo se consumía la encina!... ¡El cielo destruía mi juramento!...



II

LA última tarde que pasé en casa de Teresa estuvimos ella y yo jugando al ajedrez. Hablamos poco. Yo perdí casi siempre. Cuando la miraba, ella escondía los ojos, recatándolos de los míos. Ya al fin de la tarde nos asomamos al balcón. Descubriábase desde él espléndido y dilatado horizonte, en el cual espiraba el melancólico sol de otoño, incendiando con fulgores brillantísimos los nubarrones que manchaban el pálido firmamento.

La campana de un convento próximo elevaba al cielo el débil quejido de ascética resignación.

Aspiré con placer gratisimo el fresco ambiente de la tarde. Después miré á Teresa. Envuelto el cuerpo en un chal de punto de estambre, blanco, con los hombros

elevados porque sentía frío, Teresa me pareció muy hermosa. Su palidez habitual ofrecíase más nítida y delicada allí que dentro de la habitación; su negro pelo más aterciopelado y suave; sus ojos... miraban al horizonte con dulzura infinita, en la cual advertí no sé qué sombra de indefinible tristeza...

—¡Qué hermosa está la tarde!—murmuré.—El sol en otoño, cuando declina, parece un viejecito que espira llorando y riendo al dejar el mundo. Se despide de nosotros satisfecho y gozoso de haber alumbrado nuestra felicidad.

Teresa estuvo un buen rato sin decir una palabra; al cabo me contestó:

—El otoño... el ocaso de la vida... También el corazón tiene su otoño y el amor su ocaso...

Y los ojos de Teresa, siempre fijos en el dilatado espacio, se anublaron y dejaron resbalar una lágrima por cada mejilla.

Tomando entre ambas manos su derecha, y blanquísima, que apoyada tenía sobre la baranda del balcón, miré silencioso las angustiadas pupilas de Teresa. Ella parecía no querer pagar á mis ojos en la misma moneda. Al cabo me miró. ¡Pero con qué pena más profunda! Y balbuceó:

—¿Ves? No podemos amarnos. Tú tienes joven el corazón. Envidia me da: ¡aún sueña, aún tiene brío, entusiasmo, ardor juvenil! Ni una sombra le entristece, ni un temor le aflige. ¡Ah!... No batalla con las reflexiones del pensamiento. Sólo pide amor, amor como el suyo. Sólo padece sed de amor... Y pide amor al mío... que está mustio, taciturno, falto de fuego y lozanía, como las flores marchitas, á las que el otoño va pegando puntillones cuando se retira de los campos...; que gime bajo la tiranía de la razón, la cual le reprocha de continuo el débil amor con que paga el tuyo, tan hermoso y noble. Criminal y egoísta me pa-

rece aceptar tu valiosa pasión, pagándola tan mezquinamente. Creo que es pagar la nobleza con vil hipocresía. Tú eres más joven que yo y debes buscar otra mujer joven, en la aurora de la vida, que corresponda á tu ardoroso y sublime sentir con la poesía de sus hermosos y primeros sentimientos. Todo en el mundo sigue su curso fatal. Tú estás en la primavera de la existencia; yo en el otoño. Déjame sola, abandonada; deja que el vientecillo me arrastre sin rumbo, sin objeto... Quizá esta flor marchita encuentre otra flor marchita que guste de comunicarse con ella y contarle sus recuerdos.

—Calla, calla por Dios, Teresa del alma. No engañada por escrúpulos exagerados, te culpes tan sin razón, ni desdeñes mi pasión inquebrantable.

—¿Pero no ves que siempre manifestamos divergencia en las apreciaciones sobre las cosas, por efecto de nuestras distintas edades y modos de sentir? Tú todavía ves el mundo de color de rosa; yo estoy desengañada de él. Tú sobre cualquier cosa levantas un castillo de ilusiones; yo veo ruina próxima y fatal. Tú en seguida quieres correr en pos de la dicha, alborozado con la idea de poseerla; y yo tengo que ser quien detenga tus impetus, haciéndote ver que la dicha es un fantasma engañoso. ¡Y si todo esto te fuera de provecho! Pero lo peor es que yo, si intento fingir conformidad con tus ensueños, temo tus justos reproches el día en que te desengañes, y tal vez estoy matando en flor tus más hermosas ilusiones. Luego, ¿qué quieres? me da pena no poder saciar la sed de amor que tu corazón padece, aunque tú no te des de ello cuenta.

No supe qué contestarla... Bajé los ojos... desligné despaciosamente mis manos de la suya... y al cabo de un rato, miré hacia el horizonte y suspiré con indecible pena... ¡Llegué á tiempo de ver cómo se apagaba el último reflejo del sol!...



III

LA pálida y sosegada claridad de la luna esmaltaba el agreste y profuso marco de hojas de yedra y florecillas olorosas que circuían la ventana, ocultando las góticas filigranas que la decoraban. Oprimiendo con mis zapatos de cuero, blancos y escotados, el curvo peldaño de la escala de seda; con mis piernas vestidas de calzas bermejas, apoyadas sobre la misma

escala; erguido el cuerpo, engalanado con justillo negro, recamado de oro, atacado con arretes por el pecho, descubriendo por la cintura la abullonada camisa, como también por los hombros y los codos; los blondos y espesos rizos de mi cabellera, flotando á los lados de mi frente y por detrás; el birrete calado... hallábame en dulce plática con la hermosa Lucinda. Lucinda estaba asomada á la ventana. Vestía de blanco: de entre los sencillos bullones de su falda, erguíase el cuerpo, ceñido, esbelto, candoroso y noble, cuyo escote cuadrado descubría los finísimos pliegues de la camisa y joyas preciosas con esmaltes y piedras finas. Sus dorados y sedosos cabellos estaban medio ocultos entre estofas, cintas bordadas y espléndidos aderezos. Sus mangas, ajustadas con singular elegancia á los delgados brazos, acusando dulcemente el codo, cubrían hasta la mitad de las manos, cuyos blancos y afilados dedos retenía yo en mi izquierda, con el cuidado y suavidad que hubiera empleado para retener una reliquia. Con mi diestro brazo enlazaba su talle, y mis ojos no se apartaban del rostro de Lucinda. Su nítida y tranquila frente blanqueaba en la sombra, donde sus azules ojos se mostraban más diáfanos y serenos. La luz de la luna dibujaba sobre las mejillas de Lucinda los piquitos de las hojas de yedra, bañando de inefable claridad la boca angelical y la redonda barba de finísimo y aterciopelado cutis.

¡Qué dulce diálogo teníamos!

—¿Te acuerdas de mí con frecuencia, hermosa Lucinda?—le decía.

—Sí: no hay un momento solo en que tu imagen no esté presente en mi memoria. Cuando estoy conversando con otra persona que no seas tú, hablan solo mis labios, no mi mente; que te buscan entretanto en el mundo de lo que no se ve con los ojos ni se palpa con las manos; pero que suspende más á los sentidos

que todo cuanto nos rodea. Cuando salgo á pasear por el campo, las flores, al regalarme con su perfume, de ti me hablan; la mariposa que revolotea, viva y satisfecha, mensajera tuya es; los besos delicados que las suaves auras depositan en mi frente, son sus puros y amorosos besos. Tú sonríes en todo; en todo me agasajas, y siempre me adoras con el cariño más santo y hermoso. En la iglesia, desvíó la atención del libro de rezo para pensar en ti: y cuando pongo los ojos en la figura de alguna miniatura del devocionario, es que he visto en ella tu imagen gallarda, tu noble apostura... ó quizás algún vestido semejante al tuyo. Si rezo, por ti ruego: si medito, tu amor me lleva como por la mano al conocimiento de la bondad y la plácida virtud. En la soledad de mi estancia, excusado es decirte si mi pensamiento entenderá de ocupación alguna de la cual no seas tú el objeto...

—¡Ah! Lucinda amada. No prosigas, no, ni encazcas tu amor. Espejo es tu alma en la cual la mía se mira con orgullo y con gozo infinito. Que de ti me hablan las florecillas y las palomas que bajan al prado desde las almenas de ésta tu vivienda; y trae tus besos el embalsamado perfume de estos verjeles á mis labios, que cien veces aspiro con ansia desde mi morada. Y el lucero matutino, de luz dulce y tranquila, me envía tu primer sonrisa, y la pálida luna me regala la última, después de haberme apartado de ti. También yo te veo en las imágenes de la casa de Dios. Los candorosos ángeles, vestidos de talaes y plegados ropajes, que están esculpidos en la portada del santuario, me parecen hermanos tuyos, y muchas veces te busco entre el pelotón que ellos forman entonando preces al Altísimo. Y cuando el grave canto de los monjes se eleva en el coro, y el órgano resuena con armonías que parecen dulces lamentos del alma aprisionada en la tierra, pero resignada, comunicándose con su Crea-

dor... y el incienso se eleva majestuoso y pausado, borrando difusamente los santos del altar... y los nervios que desde el suelo suben á cruzarse en las bóvedas, entonces mi espíritu conturbado y melancólico cae en los dulces abismos de la meditación; y tú eres el ángel immaculado que me redime, que consuela mi entristecido espíritu infundiéndole esperanzas inefables y magníficas; quien, en fin, me une con Dios é implora de él mi perdón y mi felicidad eterna. En ti vivo, en ti pienso; tú eres la luz de mi inteligencia, el norte de mis esperanzas.

Lucinda me miró y no tuvo qué contestar; pues toda su dicha, toda su gratitud, todo su amor, se asomó á sus labios bajo la forma de una sonrisa. Yo sentí los míos incapacitados de articular palabra alguna y que también sonreían. No supe hacer más que libar su amor en su boca regalándole con el mío.

Después guardamos silencio.

Al poco advertí que su rostro se entristecía y que un suspiro se escapó de su pecho.

—¿Qué te aflige?—le pregunté con penosísima zozobra.

—Nada—contestó, rompiendo á llorar al mismo tiempo.

—¡Ah!...—exclamé yo.—No me acordaba. Tienes razón, Lucinda. Lloras porque te acuerdas de aquella balada que empieza diciendo:

«Tú eres princesa, yo pobre doncel...
¡Maldito querer!...»



IV

LA fiesta en el palacio de Luis XV estaba en todo su esplendor. Todas las parejas desfilamos para comenzar un *minué*. El salón, profuso en ornatos dorados de talla primorosa, tan caprichosos como elegantes, estaba cuajado de luces; en el techo motivos mitológicos representados con valiente fantasía: en las

tribunas altas, músicos entonando melodías voluptuosas: abajo el murmullo de los galanteos, las sonrisas del júbilo que todos sentíamos, el perfume que despedían todas las hermosas... Flora venía de mi brazo, primorosamente ataviada. La recia seda de la sobrefalda blanca, franjeada de rosa encendida con flores doradas, descendía en pliegues barrocos desde el borde del escote por la espalda, formando preciosos y abultados pabellones sobre las caderas. La armada cotilla descubría el blanquísimo busto y aprisionaba el cuerpo, concluyendo en punta prolongada más abajo del talle. Las mangas hasta el codo llegaban, abriéndose allí en desmayados encajes, de entre los cuales salían los delicados y suaves antebrazos desnudos. Los empolvados cabellos iban recogidos atrás y engalanados con un gran lazo, plumas y joyas. Los afilados y pequeños dedos de su mano derecha jugueteaban con un abanico primorosamente labrado el ebúrneo pie y con pastorillos Watteau en el país.

Yo vestía casaca larga, chupa y calzón corto de seda azul, medias blancas, charolado zapato con tacón rojo, espadín de acero con reluciente empuñadura, cuello y vuelillos de riquísimo encaje, peluca blanca con su lazo negro atrás, y el sombrero de tres candiles bajo el brazo izquierdo.

Mientras íbamos a tomar puesto para el baile, hablábamos así:

—Desecha todo temor... No seas loco... Se conoce que Cupido ha querido jugarte alguna mala pasada. Recuerda que le pintan ciego.

—Ceguera es el amor—contesté yo,—sí; ceguera dulcísima que esconde lo feo y miserable que hay en el mundo para sólo dejarnos sentir lo risueño y hermoso. Pero no es Cupido tan ciego que peque de inocente. También vive advertido para saber si le engañan.

—¡ Oh !... me ofendes con esa palabra. Poco galante estás.

—Flora... perdóname. ¿ Me amas ?

—¿ Lo has dudado ?...

Comenzó el *minué*.

Con mi mano derecha levantada cogía por las puntas de dos dedos la izquierda de Flora. Nuestros pies avanzaban cadenciosos y lentos; balanceábamos el cuerpo sobre las caderas, mirándonos de cuando en cuando sonrientes y gozosos. Luego venía el divorciar las manos, hacer yo ceremoniosa reverencia, saludar ella con supina elegancia, encogiéndose, en tanto que con sus dedos de nácar alzaba su falda con mucha monería. Otra vez a cogernos de las manos: una vuelta para cambiar de sitio; otro saludo y otra vuelta ella, pasando por debajo de mi brazo, levantado en forma de arco, sin que el alto copete de sus adornos de cabeza rozasen con mi manga, ni su mano izquierda se desuniera de mi diestra, la cual hacía de eje en esta singular evolución.

Así sucesivamente dimos todas las parejas, una tras de otra, la vuelta entera al salón, desfilando después por el centro.

Las miradas de Flora durante el *minué* fueron tan dulces, tan sonrientes, tan seductoras, que, al concluir, yo no pude menos de pedirle perdón de mis dudas. Conversamos satisfechos y animados, cual si nunca hubiésemos tenido más oficio que amarnos con toda el alma. De pronto advertí detrás de ella al odiado rival. Ella bajó la mano derecha, en la cual llevaba el abanico, y la sentí arreglar los pliegues de su falda, sin dejar por eso de hablarme más expresiva é ingeniosa que otras veces y de fascinarme con los hechizos de sus ojos. No sé qué vaga sospecha se me entró en el corazón como los reptiles se introducen sordos por las rendijas de las puertas.

Al poco, Flora me dió un pretexto para separarse de mí por unos momentos. Disimulando lo mejor que pude, la seguí con la vista. Flora entró en un gabinete. Me asomé á la puerta. Flora, de espaldas, leía un papel. Me aproximé sigiloso, recatado, pisando de puntillas: miré el papel por encima del hombro de Flora, se me nublaron los ojos, el despecho y la ira rebo-saron, y mi mano derecha cayó como garra de fiera sobre el miserable papel, estrujándole con salvaje placer. Flora gritó, faltó el aplomo á su cuerpo, y hube de sostenerla para que no cayese al suelo: le había dado un síncope, y estaba pálida como la muerte. Antes de atender á ella, atendí al papel con avidez extremada. Frases de amor, referencias á juramentos de ella y la firma de mi rival: ¡esto es lo que ví!



V

HALLÁBAME dormido ó despierto? No lo sé. Pero yo languidecía en un marasmo ó sopor quizá más mental que corporal. Y en lo recóndito de mi espíritu, cual si mi mente fuese un segundo yo, aparte del yo determinado por los caracteres especiales que en mí reconozco, del yo que vive en una esfera de acción conocida y precisa, reflexionaba acerca de mis tristísimos desengaños del amor, sobre lo estéril de mi fantasear acerca del ídolo aún no hallado de mi corazón; me compadecí con profundísimo desconsuelo, y suspirando, anhelé aún el amor tantas veces soñado, con afanes

sin cuento apetecido... y siempre fantasma quimérico imposible de hallar.

De pronto, sentí que se me acercaba con suavidad de mariposa un sér invisible, el cual posó momentáneamente sus labios tibios y candorosos sobre los míos y luego me volvió la espalda como la vuelven los pensamientos al alejarse de la mente, cual palomas del palomar. Aquel beso fué chispa eléctrica que galvanizó todas las fibras de mi sentir, causando una violenta revolución, de la cual se hizo caudillo el corazón, diciéndome con inspiración de adivino: «¡ Ahí la tienes, esa es! » ¡ Se me escapaba!... Tendí los brazos, así los pliegues flotantes y tenués de la vestidura blanca que velaba la casta belleza del sér invisible... Volvióse hacia mí, y así que estuvimos frente á frente, me dijo: —«¿ Qué me quieres?»

Su áurea y tendida cabellera cobijaba los hombros como un manto de luz, pues un sol invisible nos circundaba de inefable claridad. Y su alba frente, serena y despejada, me ofreció el *summum* de candor beatífico y sublime; sus azules ojos, cristalinos y sosegados, el *summum* de dulzura hechicera y celeste; sus bermejos labios, plegados con gracia y perfección escultórica, el *summum* de sonrisa, plácida y amorosa; sus rosadas mejillas, el más delicado arrebol; su redonda barba, el modelado más dulce; su garganta, la nitidez más suave. Sus formas, tal cual se adivinaban por entre los pliegues de la túnica, tenían todo el encanto virginal y toda la belleza plástica que la naturaleza y la imaginación puedan crear, armonizando y fundiendo en un sér solo sus distintos ideales, sus cifras de belleza y expresión.

—Tú eres el sér que yo he presentado—le dije. —¡Tú eres mi amor, eres mi alma! Te he buscado inútilmente entre el enjambre femenino que bulle por doquiera en el mundo, sin comprender, necio de mí, que sólo po-

dría hallarte aquí, en la frontera de lo tangible. Porque tú tienes toda la hermosura de que la naturaleza puede vestir á la criatura humana; pero lejos de ser en ti esta hermosura efímera y fugaz como la hermosura de las flores, es eterna y perdurable, pues la anima y vivifica esa otra hermosura, oculta en lo recóndito de tu alma inmaculada, como la Sagrada Hostia en lo recóndito del Tabernáculo: hermosura dimanada de Dios, parte suya, esencia de su esencia misma. ¡ Ah! tú me brindas con el amor perdurable, ¡ bendita seas! —¿ Qué he hallado hasta ahora? ¿ Por qué mi alma está triste y abatida? ¡ Ay! ¡ Siempre luchar! ¡ Y siempre los anhelos nobles y magníficos del corazón derrumbados y maltrechos!

Ama el corazón cuando por vez primera le convida risueña y hermosa la naturaleza con sus peregrinos encantos, presta juramentos que aseguran como inquebrantable su fe... y el tiempo, que todo muda, para el cual nada puede ser estable... se lleva los juramentos. Ama á la mujer pensadora y reflexiva, por ver si la razón es mejor garantía que las ilusiones... y la razón misma hiere y mata al amor con el puñal del raciocinio. Ama á un espíritu levantado, armoniza con él su sentir, desechando las pequeñeces humanas; enlázanse las dos almas con abrazo puro y delicado... y las pequeñeces humanas divorcian para siempre, con bárbara y despiadada crueldad, aquella unión santa y hermosa. Ama al ídolo femenino que se muestra hermosado por los encantos que le presta el mundo... y entre tanto esplendor y magnificencia descubren los celos un corazón miserable y pequeño. ¿ Ves cuánta ha sido mi desdicha? Alma de mi alma, déjame que te diga remedando al poeta: ¡ Ven, ven tú!

Sonrióse mi interlocutora, y despaciosamente me contestó:

—¡No puedo amarte!

—¿ Por qué?

—¿ Qué calor podré prestar á tu pecho enardecido si mi forma, con ser la de hermosura más verdadera, no tiene nada de tangible ni de humano? ¿ Cómo pagar tus suspiros con suspiros, si mi elemento vital no es el aire que tú respiras, sino las serenas auras de lo invisible? Ni en tus brazos me podrías estrechar, ni aprisionar mis manos, ni besar mi rostro. Sólo podrás rendirme culto con la imaginación.

—Entonces, si tú eres el verdadero amor, como presiento, eres el más cruel y el más egoísta... pides pasión, idolatría, culto eterno, y lo pagas con silencio, alejamiento é insensibilidad absoluta.

—Adiós—repuso la sin piedad, retrocediendo de ante mí.

—Espera, espera... Mira que dejar de amarte no puedo, pues ya has aprisionado mi alma con vínculos secretos, pero invencibles; y dejarme solo es abandonarme á la desesperación: ¡la más horrible de las muertes!...

Ni una palabra contestó, inmutable y soberana, más hermosa, más cándida y más deseable que nunca, por el amor puro y magnífico con que brindaba... alejóse de mí hasta que la perdí de vista.

Después... todo quedó en sombra. Volví los ojos hacia el mundo, y suspirando repuse:

—¡ Otra vez luchar!... ¡ Otra vez condenado á buscar el amor en la mujer, llevando tras de mí, como sombra de mi alma, el presentimiento de la desilusión!



LAS ALAS ROTAS